

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|----------------------|
| EN MADRID..... | Un mes..... 1 peseta |
| | Trimestre... 2,50 |
| | Año..... 10 |

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|-----------------------------|
| EN PROVINCIAS | Un Trimestre..... 3 pesetas |
| | Semestre..... 6 |
| | Año..... 12 |

DECAIMIENTO

En todas cuantas declaraciones de personajes más o menos caracterizados, procedentes de la Gran Antilla, viene reproduciendo la prensa, se advierte una nota común de incontestable gravedad; la del marasmo de la opinión antillana ante la crisis terrible y decisiva por que atraviesa Cuba. Diríase que la mayoría de los elementos que componen aquella sociedad, presencian cruzados de brazos, á modo de indiferentes espectadores, el duelo á muerte que se está verificando entre los separatistas y España.

Aun sin contar con el dato de tan autorizadas declaraciones, el grave fenómeno no podía escapar á la penetración del espectador menos diligente y sagaz. Quien recuerde la actitud del llamado elemento español durante la campaña pasada, encontrará que hoy es hiel todo donde entonces todo era fuego. Nada hay ahora de aquella entusiasta y ferviente oferta de haciendas y de vidas, de aquel suministrar recursos, de aquella cooperación activa de los voluntarios, de todo aquel hervor de los sentimientos patrióticos. Lo poco que en este sentido se intenta es apenas sombra y reflejo de lo que fué.

Ocioso es encarecer la gravedad de este síntoma. La dolencia que revela es acaso lo que hay de más alarmante en la situación de Cuba. Solo al amparo de ese decaimiento de las fuerzas vivas de la opinión, se comprende que suceda lo que allí viene sucediendo. En vísperas del levantamiento que ha llegado á adquirir en tan breve tiempo tan colosales proporciones, cuando los trabajos del laborantismo eran cosa notoria de que se hablaba públicamente en los cafés de la Habana, los representantes de todos los partidos antillanos, constitucionales, reformistas y autonomistas, persistían en negar al separatismo todo género de importancia. Contra toda previsión racional estalla la insurrección en el momento mismo en que las reformas, aceptadas por todos, abrían para Cuba una nueva era de derecho y de libertad. Ese movimiento iniciado por bandidos, capitaneado por extranjeros, mantenido principalmente por hombres de color, se propaga y robustece, á pesar de haberse negado á secundarle casi todos los caudillos importantes de la guerra pasada. ¿Habría sido posible todo esto si un levantamiento de tan poco arraigo en el país no hubiese contado con la pasividad de una opinión, no ciertamente simpática, pero si indiferente, adormilada y desvalida?

¿Qué causas han podido determinar tan honda mudanza en la opinión antillana en menos de un cuarto de siglo? Señalarlas todas sería sobrehumana empresa, dada la inmensa complejidad de los fenómenos sociológicos. Cuanto más que es, por inútil innecesario. Si el predominio casi exclusivo de los intereses materiales ha inducido á ciertos espíritus á sofocar los impulsos del patriotismo ante determinados cálculos de conveniencia, si un incremento natural de la cultura ha sugerido á otras comparaciones en que nuestra pobre pa-

tria no resulta favorecida, si nuestra pasagera decadencia actual ha aparecido á los ojos de algunos como signo de decrepitud incurable, incompatible con los esplendores horizontes de un pueblo en plena juventud, poco adelantamos con hacer el análisis minucioso de lo que no nos es dado precaver ni remediar. Cifámonos al estudio de aquellas causas de escepticismo y desamor que, puestas por nosotros, pueden ser también por nosotros evitadas.

Cualquier hombre de Estado, si aquí hubiera quien mereciese ese título, habría fácilmente previsto las frialdades de ahora á través de los mismos enardecimientos de antaño. Sostenía entonces el interés y los prestigios de la patria el partido incondicional. La guerra pasada fué una lucha entre el elemento español y casi todos los elementos indígenas. A ese título el triunfo constituía una especie de reconquista. Los incondicionales que habían sustentado con vidas y haciendas la causa nacional, habían de reclamar el premio. Y como ese premio consistía en la perpetuidad de un régimen de privilegio, de un sistema de explotación llamado necesariamente á desaparecer ante el progreso de los tiempos, el conflicto que originara la contienda quedaba en el fondo vivo. La recompensa del celo patriótico de los incondicionales, había de parecer á los cubanos tiranía. Toda concesión hecha á las exigencias del espíritu moderno, había de parecer á los incondicionales despojo é ingratitud. Obra era de hábil y prudentísimo estadista la de conciliar ambos opuestos intereses, de suerte que, ni la metrópoli apareciera despótica á los ojos de la colonia, ni pudieran juntamente considerarse ofendidos aquellos cuyo patriotismo había sido en Cuba el baluarte de los derechos de España.

Lo que, en vez de esto, ha venido haciéndose en Cuba desde la paz del Zanjón, no hay para qué ahora recordarlo. ¿Quién lo ha olvidado? Donde se imponía una labor delicadísima hasta rayar en lo imposible, se ha ejecutado la más burda de las tramoyas. Nadie se ha cuidado de lograr que en Cuba llegaran á hacerse sinónimos patriotismo y libertad. Nuestros gobiernos han disgustado por igual al elemento español y al elemento indígena. Los incondicionales han perdido su dominio sin que por ello los cubanos recabaran su derecho. Unos y otros han sido sacrificados por igual á la codicia y á las conveniencias egoístas de los partidos peninsulares. Ante el perjuicio común á todos irrogado por el caciquismo, la sofisticación electoral, las credenciales dadas á los amigos como patente de corso, la cartera de Ultramar otorgada como premio de las grandes apostasias, la terrible crisis económica, producida por causas naturales, pero agravada por los excesos de una administración insensata y corrompida; ni el elemento incondicional ha agradecido la conservación de una organización arcaica, ni el insular ha estimado la concesión regateada de reformas tardías. Y he aquí por qué, enfrente de esa lucha separatista, sin arraigo en el país, verdadera guerra de importación, la opi-

nión en Cuba permanece inerte, apática, muda como si no fuera en definitiva su destino lo que se debate en la contienda.

Es ley de la vida que el mal produzca el mal. De las injusticias que la opinión cubana ha sufrido de nuestra parte, procede la que ahora con su indiferencia nos hace. El pueblo español no se sabe administrar ni gobernar; pero sabe sacrificarse. Eso es, ni más ni menos, lo que está haciendo en Cuba. A esa opinión pasiva debemos recordarla que la causa que allí ahora sostenemos no es la nuestra sino la suya. De parte nuestra podrá haber un interés de prestigio nacional, elevado por nuestra susceptibilidad nativa á la categoría de empeño de honor. El interés que allí se defiende es el interés de Cuba. Si España agota los últimos recursos de su crédito y manda á millares á la muerte á los mejores de sus hijos, es para impedir que Cuba se convierta en un segundo Haití, ó que caiga, como presa codiciada, en manos de esos ávidos sajones que, á la vuelta de una generación, habrán acabado allí con todo vestigio latino. ¡Ojalá lo entienda así al cabo la opinión cubana, y ojalá á la terminación de la guerra, sepa España, por órgano de sus gobernantes, corresponder dignamente á la adhesión que ahora de aquella opinión reciba!

ALFREDO CALDERON.

LA DIOSA POLÍTICA

(DIÁLOGO TOMADO AL VUELO)

—Si hemos de hablar en conciencia, confiesa, querido Blas, que aquí todo está en la más espantosa decadencia.

—En eso tienes razón: la hermosa tierra española camina siempre á la cola de la civilización.

Muchas veces he buscado la causa de este suceso, y, francamente, confieso que encontrarla no he logrado.

Yo no adivino por qué nos hallamos siempre mal, y nuestro nivel moral tan rebajado se vé.

¿No es cuna la patria mía de innumerables talentos? ¿No tenemos elementos que cualquiera envidiaría?

—Pues yo veo una razón. —¿Cuál es?

—La más poderosa. Hay en España una Diosa, con tal fuerza de atracción, que nos turba y nos fascina con sus seductoras artes, y que lleva á todas partes su influencia peregrina.

DON QUIJOTE.



La partida de Mora



Valladolid.- Criminal atentado contra el director de la Opinión.



La muerte de Marat.

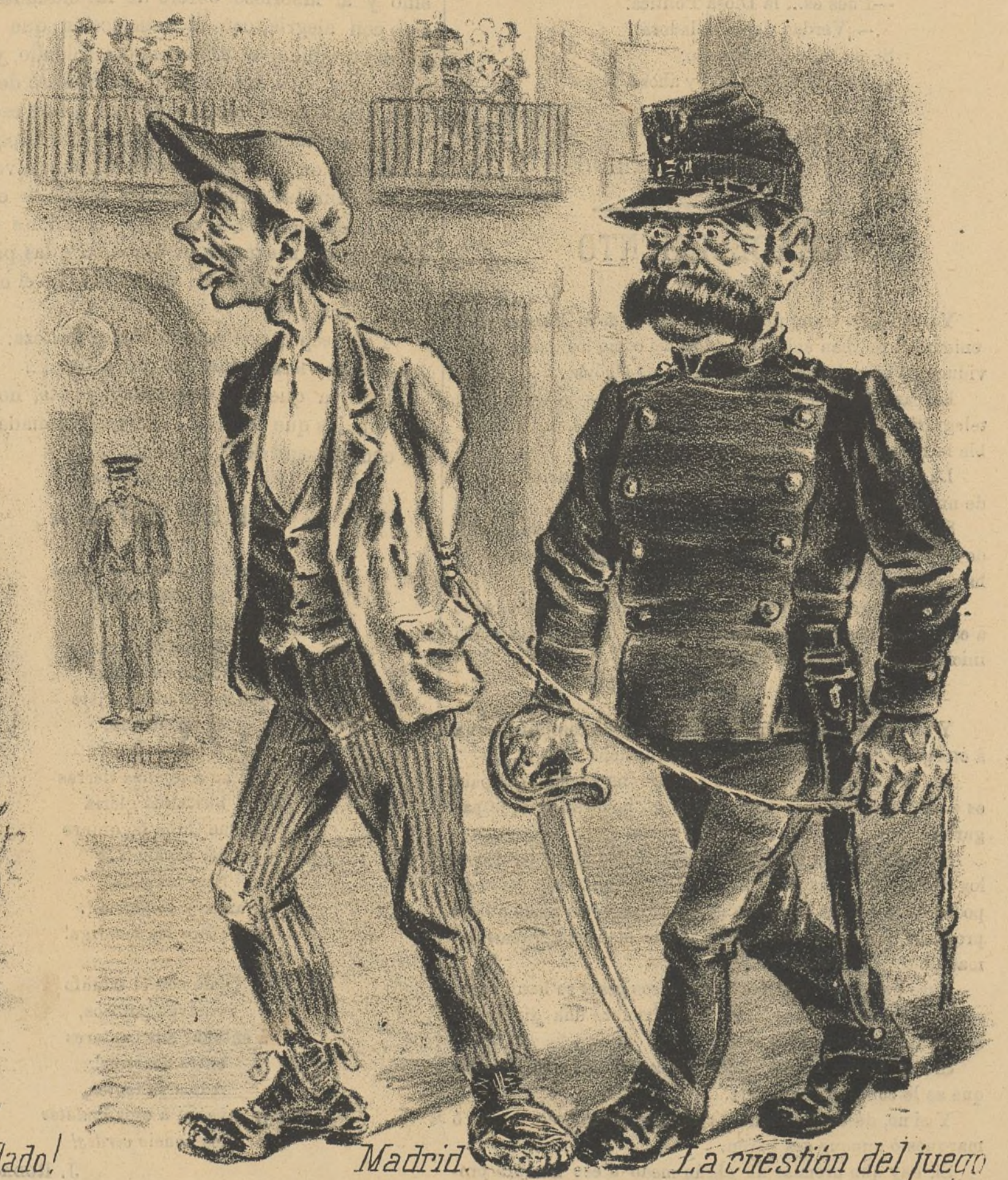
Lit. Jesús del Valle, 36.



Las señoritas toreras.



¿Que se presenta una partida en Chóvar?; Y á mi que! ¿Que aumenta la insurrección en Cuba?; Pues me tiene sin cuidado!



Madrid. La cuestión del juego

Jamás de libre blasona
quien á ella se dedicó,
ni hay un asunto en que no
se cuente con su persona.

Se hace cuanto ella desea,
su influencia es decisiva,
se debe á su iniciativa
todo lo que nos rodea;

y tanto puede lograr,
que está ya fuera de duda,
que quien á ella no acuda
no consigue prosperar.

Es ligera y aturdida,
es voluble y caprichosa,
y sin embargo, no hay Diosa
que sea tan atendida.

Desfilan por sus salones
los hombres más eminentes,
é inclinan las altas frentes
para merecer sus dones.

El artista, el inventor,
el industrial, el letrado,
el médico, el empleado,
el militar y el autor,

todos trabajan con prisa
por ver si la Diosa amada
les dispensa una mirada,
les otorga una sonrisa.

Y ha llegado á tal exceso
su importancia colosal,
que este dominio infernal
es rémora del progreso.

Quizá acabe su influencia,
quizá esté cerca su ocaso,
y de fracaso en fracaso
llegue hasta la decadencia;

pero mientras la ambición
—que también tiene otros nombres—
siga ejerciendo en los hombres
tan grata fascinación;

y mientras tienda sus redes
con astucia esta señora
y sea dispensadora
de gracias y de mercedes,

convéncete caro Blas:
nunca adelantar podremos;
al contrario, siempre iremos,
como el cangrejo, hacia atrás.

—Encuentro justa tu crítica;
pero... ¿quién es esa dama?
¿Dónde está? ¿Cómo se llama?
—Pues es... la Diosa Política.

—¡Verdad desconsoladora!
Sí, en tus ideas abunda;
que en España, antes y ahora,
al hablar de esta señora,
¡boca abajo todo el mundo!

GABRIEL MERINO.

AGRADECIMIENTO

Ya podemos tranquilizarnos; Pepe *el de la Maestra* y su
eniente Rosa, han sido detenidos, así como los demás indi-
viduos de la malaventurada partida de Chóvar.

La paz reina en toda la Península. Los gobernadores
telegrafían diariamente al infatigable Sr. Cos, con admira-
ble laconismo: «Sin novedad en esta insula.»

La hidra ha sido vencida una vez más, gracias al celo
de nuestros gobernantes.

Sí, ya podemos respirar tranquilos; el orden ha queda-
do restablecido, y de aquella asonada de Chóvar apenas si
hay ya nadie que guarde memoria.

¡Loor al Sr. Cos, hombre providencial que ha salvado
á este desdichado país de los horrores de una revolución
iniciada por veinticinco valientes.

Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿qué recompensa va
á otorgársele al ministro de la Gobernación?

Porque el servicio que ese hombre ha prestado al país
es de aquellos que no hay dinero ni honores conque pa-
garlo.

Si esos 80.000 duros procedentes de los filibusteros con
los cuales iba á hacerse la revolución hubiesen caído en
poder de la policía, nosotros no dudáramos un momento en
proponer que se los regalaran al que bien pudiéramos lla-
mar nuestro Salvador.

Pero ya que desgraciadamente esos pesos se han evapo-
rado, ¿por qué no concedemos á ese hombre una distinción
honorífica cualquiera?

Si hay algún Toisón de Oro vacante, somos de opinión
que se le conceda enseguida.

Y si no, désele un título de nobleza; hagámosle duque ó
marqués ó aunque sea barón.

Sí, hay que premiar de algún modo á ese hombre pro-

videncial, que ha sabido manejar tan bien los hilos, evitan-
do á la patria días y noches de desolación y de duelo.

Pero se le recompense ó no, cónstele al Sr. Cos, que la
nación le está agradecida por su patriótica conducta.

¿Y qué recompensa mayor, después de todo, que este
sentimiento de amor de todo un pueblo?

Cuando el Sr. Cos deje de ser ministro, podrá retirar-
se á su casa satisfecho de sí mismo, y podrá decir con no-
ble orgullo:

—Yo he cumplido mi deber como agente de la Providen-
cia, salvando á mi patria de los horrores de la revolución.
Ya puedo morir tranquilo.

LOS QUE SE VAN

Allá van, obligados por el deber.

Lejos, muy lejos, más allá de los límites de la Pe-
nínsula, más allá del mar, á una distancia tan inmen-
sa que el pobre campesino encerrado toda la vida en
los tapiales de su aldea, no acierta á calcular, hay
una tierra española también, como la tierra en que
él ha nacido, donde unos cuantos discolos preten-
den arriar la bandera de la patria. El, el pobre campe-
sino, no entiende nada de esto, ignora las causas que
hayan podido inspirar á esos hombres su resolución
de refugiarse en las espesuras fangosas de la manigua
para desde ella, armados de fusiles y de odio, pelear
con nuestros soldados al grito de ¡muera España!

No, el pobre campesino peninsular no sabe nada
de esto. Y lo que es más, no le importa. Deja á otros
más sabios ó más peritos la investigación de esos he-
chos; á él le toca solo contribuir con su esfuerzo, con
su vida quizás, al castigo de esta rebeldía, que en su
mente inculta, adquiere las gigantescas proporciones
de un crimen de lesa patria.

España es santa, cien veces bendita para todo buen
español, y en estos tristes tiempos en que vivimos,
tiempos de decaimientos y postración, el patriotismo
es tal vez la única virtud que aquí se conserva ínte-
gra, limpia de toda mancha, del todo inmaculada.

Ese patriotismo se manifestó en aquellos días en
que un puñado de moros rabiosos atacaban á nuestros
soldados en los campos de Melilla.

Y ese mismo patriotismo, tan grande y tan gene-
roso hoy como ayer, es el que hace al pobre campe-
sino y al laborioso obrero de las ciudades, vestirse,
sino con alegría, con la satisfacción que inspira el
deber cumplido, el uniforme del soldado, y marchar
lejos, muy lejos, más allá de los límites de la Penín-
sula, más allá del mar, á combatir contra esos discolos
que ponen en litigio la integridad de la patria.

Gallardos, con brioso desenfado, graves, porque
graves son las circunstancias, marchan en fila con
airoso continente los soldados españoles destinados
á luchar en los campos de Cuba, con las perfidias del
clima, las asperosidades del terreno y el odio de los
mambises.

Y al despedirlos pensamos con tristeza:

—Si volvieran todos los que se van!

Pero ya que eso, desgraciadamente, no sea posi-
ble, que los que regresen vuelvan coronadas las fren-
tes con el laurel de la victoria.

DESPEDIDA

Andan los reservistas
por esas calles
y llega hasta mí el eco
de sus cantares.
Coplas sentidas
que son el adiós triste
de despedida.

Van á lejanas tierras
buscando gloria
porque Cuba no quiere
ser española.
Solo les guía
el amor y la patria...
¡Dios los bendiga!

¡Ojalá con el triunfo
vuelvan gozosos,
á entonar sus cantares
entre nosotros!
Adiós valientes,
¡y á ver si á esos mulatos
los poneis verdes!

J. RODAO.

LANZADAS

Pues sabrán ustedes que D. Emilio se dirigía tran-
quilamente el domingo pasado á oír su misita en la
iglesia de Santa María, una de las iglesias «mejores»
—porque hasta en esto hay categorías—de San Se-
bastián.

Y ¡pun! tropezó con Canalejas.

—¡Buenos días, D. Emilio!

—Hola, Pepito.

—¿Dónde tan de mañana?

—Pues á actuar de católico...

—Y á propósito, ¿qué opina usted de Martínez
Campos.

—«Que es el mayor prestigio militar que existe en
toda la redondez del mundo.»

—Bueno, ¿y qué más?

—Que es un «hombre sublime.»

—¿Y qué me dice usted de la insurrección de Cuba?

—«La isla de Cuba es un broche...»

—Está bien, ¿y de política?

—«Que considero insustituibles á los Sres. Cánovas
y Sagasta.»

Estas han sido, palabra más, palabras menos, las
últimas declaraciones de D. Emilio.

¡Y ahora digan ustedes si es justo que á ese hom-
bre no se le confíe en un manicomio!

Los zapateros amenazan con subir el precio del
calzado.

¡Dios mío, qué desgracia!

¡Y á Becerra que continúan creciéndole los pies!

Y dijo el general Salcedo:

«Me propongo hablar claro de la guerra de Cuba,
gusten ó no mis palabras.»

¡Mi general, somos todo oídos!

De *La Correspondencia Militar*:

«El *Siglo Futuro* patrocina la idea de que la pren-
sa católica conmemore el centenario de Felipe II.

El 13 de Septiembre de 1898 es el centenario de
la muerte de aquel Rey.

Por mi parte no hay dificultad.

Y para conmemorarlo dignamente, propongo una
idea:

Quemarlo en efígie.»

¡Conformes!

Los periódicos ministeriales aseguran que la paz
es completa en toda España.

¡Vamos, ya podrá dormir tranquilo el Sr. Cos-
Gayón!

¡Pero esa *Epoca* de mis pecados!

Lean ustedes lo que dice del conflicto de Valla-
dolid:

«Lo ocurrido en Valladolid en el conflicto, muy
sensible, entre el alcalde presidente y la prensa local,
viene á ser lo mismo que anteriormente, y bajo el
mando fusionista, ocurrió en Valls, en Tarragona, en
Alicante y en otras localidades.»

¡Ah, pues entonces no nos indignemos!

Porque hay que respetar los precedentes.

Si es lo mismo *aldeita* que *aldehueta*
¿por qué se enfada tanto doña Rita
cuando en vez de llamarla *mujercita*
sustituyo y la llamo *mujerzuela*?

Robó cien onzas Benito,
y compró un Cristo con dos,
con esto, lavó el delito;
y saldó cuentas con Dios.

¡Pues señor, vivimos de milagro!

El director de *La Opinión*, de Valladolid, ha sido
brutalmente agredido por unos polizontes.

Un redactor del *Diario de Pontevedra*, ha sido apa-
leado de orden superior.

El alcalde de Denia, en un raptó de autoridad, ha
prohibido por sí y ante sí, la venta del periódico li-
brepensador *La Antorcha Valentina*.

El director de *El Ejército Español*—un militar dis-
tinguísimo—ha sido desterrado á Palma de Santa
Cruz.

No recordamos qué obispo ha excomulgado á los
redactores y lectores de *La Unión Republicana*, perió-
dico de Pontevedra.

Ha sido denunciado *El Pueblo*, de Valencia.

Y *El País*, de Madrid.

¡Y ahora diganme ustedes si no es una ganga ser
periodista!

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5.